

Yo fui feliz creando felicidad

Los hechos que voy a contar a continuación es un grano de azúcar entre un montón de tierra, no se aprecia pero ahí está, el único dulce de entre millones de insípidos. Los contaré en primera persona porque creo que para entender los ideales y los sentimientos de un ser humano hay que verlos desde su posición y situación social.

No hace mucho tiempo durante mis momentos de reflexión descubrí que mi vida ha sido tan plena que me gustaría que la eternidad reinara en mi organismo para no dejar de vivir. Pero me hago viejo y ya no me queda mucho tiempo y solo puedo decir que mi obra vivirá para siempre en los corazones de la gente a la que por un momento le hice olvidar su cruel realidad.

Bueno pues bien, cuando yo tenía más o menos la mayoría de edad me pregunté lo que todos a esa edad se preguntan: ¿qué haré yo en la vida?. Era un buen estudiante y mis notas y trabajos sorprendían a cuantos los veían. En aquel dilema propio de la edad pensé en lo que todo el mundo ha deseado ser alguna vez: hijo de un padre rico que te enchufe sin muchas complicaciones. Pero como yo no pertenecía a esa clase social, ni quería pertenecer, no me planteé riquezas para el futuro y me centré más en mi sueño de ser ingeniero de puentes y caminos, que había sido mi perdición desde los diez años, edad con la que con cartulinas y poco más me distraía diseñando obras arquitectónicas y demás.

Con las mis preguntas y con mis inquietudes me di una vuelta por el Albaizin que desde niño me había visto crecer y caerme por sus empedradas cuestas. Sin duda ese es mi lugar de recogimiento favorito. Primero pasee frente a la puerta de las romanillas y no me pude resistir tomarme una caña con una buena tapa granadina en el bar de enfrente, que ya me conocen sus dueños de haberme visto más de una vez andar por sus dominios. Bueno que casi mecánicamente entre en el bar de Manolo y pedí lo de siempre que me parece que no hace falta porque Manolo lo sabe de sobra: una buena cerveza bien fría o una Coca Cola que dicen que te saca una sonrisa, aunque creo que lo que me la saca es tomármela en la tierra que me vio nacer. Bueno tras el avituallamiento salí del bar con la panza a buen recaudo que no me duraría mucho tiempo porque de repente se me encogió el corazón y se

me retorció el estómago. Frente a la puerta de las Romanillas vi a un anciano, sentado en el suelo, sujetando en la mano un vaso de cartón, ya muy estropeado en el que apenas había tres o cuatro monedas de inferior valor a un euro y viendo como la gente pasaba delante de él como si de una piedra se tratase. De rostro marcado por el sufrimiento más que por sus pronunciadas arrugas parecía mirarte como diciendo: lo sé, sobro en este mundo.

Fue entonces cuando me di cuenta de que yo me gastaba el dinero en caprichos y otros no sabían ni a que sabía una Coca Cola o ya habían olvidado qué se sentía con la felicidad arrastrándose en tu cuerpo. En ese momento se me cruzaron millones de emociones e ideas que se contradecían unas a otras: por un lado pensé que lo más fácil era sentarse en una calle y esperar a que el dinero llegara y que lo mas digno era preocuparse por encontrar un trabajo decente. Pero por otra parte de mi consciente se formulaba la teoría de la pena que sería encontrarse en ese estado sin esperanzas de levantar vuelo, esperando únicamente que la muerte aceche en su espalda.

Con mis ideas a flor de piel me acerqué mecánicamente a ese pobre hombre e hice lo que muchos habían no habían hecho en sus vidas. Me acerqué precavidamente y me saludé como es debido. Le pregunté cómo había llegado a esa situación y el anciano me dirigió una mirada triste y acabada. Lo entendí sin esfuerzo: nadie quiere ser o nacer pobre pero la vida lo ha tratado mal y esa será su realidad y la respuesta a la pregunta por qué no se busca un trabajo estaba más que clara. Nadie querría aceptar a tal tipejo cuya madre había sido la calle y su compañero la desgracia. La realidad es dura, muy dura.

Durante los siguientes días no pude olvidar la mirada del pobre hombre que pocos días atrás me había retorcido el estómago y encogido el corazón. En esos momentos mi amada carrera era un cerro en una cadena montañosa.

Se me pasó también por la cabeza la idea de que los sacerdotes de casi todas las religiones se veían como caras arrugadas y gente encerrada en sus oraciones pero en mi opinión lo que se debe hacer es salir a la calle y ,si es verdad que tienes fe, ayudar a los que de verdad necesitan de tu ayuda porque de nada sirve esperar en el templo a que los desafortunados vengan a tus manos.

Fue en ese momento cuando me di cuenta para lo que verdaderamente había venido yo al mundo: para ayudar a gente como el desafortunado de las Romanillas. Aunque esa idea no me acababa de convencer pues me costaba dejar a tras el sueño de toda una vida.

Lo comenté con mis padres y estos me dijeron que ellos solo querían ver que yo fuera feliz sin importar con qué trabajo o a qué precio, y que si quería apoyar a gente como el pobre hombre, que adelante, que ese es uno de los trabajos que dejan huella en el tiempo.

Aun contando con el apoyo de mis padres no dejaba de hacerme una pregunta: ¿desperdiciaría mi vida, podría yo vivir con el poco dinero que ganase o en cambio sería la vida más plena siguiendo una corazonada que me guía desde hace tiempo?

La única manera de decidirme por una cosa o por otra era ver con mis propios ojos y juzgar las dos opciones. Por eso en esa misma tarde me desplazé hasta un comedor social, muy famoso entre la gente sin recursos porque daba albergue y comida a cualquiera que llamase a sus puertas.

Crucé la puerta y vi lo que me esperaba: miles de personas como el pobre hombre de las Romanillas, cada uno con el semblante marchito, la mayoría surcados por arrugas, con la esperanza de encontrar algo que llevarse a la boca y con historias terribles que les han arrebatado para siempre la felicidad. En seguida las miradas se dirigieron punzantemente hacia mi como ya era de esperar. Había una larga fila de hombres y mujeres que pedían su ración de vida y que posiblemente fuera la única del día, les servía un muchacho mas o menos de mi edad que dedicaba a cada plato una sonrisa de lo más acogedora posible. Me acerqué a él confundido y sin más le resumí mi situación a lo que el me respondió: Amigo mío, yo hasta hace poco más de unos meses tenía un panorama muy parecido al tuyo pero te diré una cosa, el ingeniero no va a ver agradecido su trabajo porque si construyes un puente la gente no se va a acordar de ti o si se acuerda, nunca sabrá quién eres, lo más seguro es que cuando pasen los viajeros por ahí piensen que es un gran adelanto y que les hará llegar más rápido a su destino pero ¿te lo agradecerán? Ni lo sueñes porque para ellos lo importante es el puente no tu trabajo y seguramente cuando pasen los años ni si quiera se acuerden de de tu obra. En cambio, en este lugar al que vienen personas sin nombre para la sociedad, tú serás el centro de atención porque de no ser por ti esta gente no tendría ni siquiera algún sitio donde sean recibidos como personas y no como perros y luego cuando estos se vallan se acordarán de ti, cuando sientan que su hambre está saciada y cuando sientan que son recibidos en alguna parte de este mundo; por si no fuera poco estos te regalarán su única posesión: una sonrisa y sus agradecimientos más profundos.

El discurso de aquel joven me marcó para toda la vida y ahora sentado en mi viejo sillón puedo decir que mis pasos se guiaron por los suyos. Desde luego mi vida ha hecho olvidar a mucha gente su cruel realidad.